

CUARESMA
de
SANGRE

54.º PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

FÉLIX MACHUCA

CUARESMA

de

SANGRE

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Emilio Boja Malavé (presidente), Pilar Alcalá García, Luis Alberto de Cuenca, Francisco Prior Balibrea, Reyes Pro Jiménez, Miguel Ángel Rodríguez Matellanes, Pita Sopena, José Vallecillo López y, actuando como secretario, Fernando Fabiani Romero. La novela *Cuaresma de sangre*, de Félix Machuca, resultó ganadora del 54.º Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

La dotación de este premio de novela, que convoca el Ateneo de Sevilla, ha sido posible gracias a la colaboración de las entidades Fundación Unicaja, Ámbito Cultural y Algaida Editores.



Primera edición: 2022

© Félix Machuca, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-684-5

Depósito legal: SE. 1.677-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. LA CONJURA

Cuaresma. Sevilla, 1641	17
San Lázaro	23
Una casa de Tavira	28
Llevárselo muerto	31
Lorenzo di Bonaventura.....	36
La señora.....	42
El enviado	46

CAPÍTULO II. DOS AL DÍA

Pringados.....	51
Ibulorena.....	56
Desesperado	63
Humillados	68
Cuestión de lealtad	73
Cruces	78
Oshun	82

CAPÍTULO III. PODEROSO CABALLERO

Ojos invisibles	87
Socio y cómplice.....	90
Poderes	94

Limpieza	99
Lágrimas negras	103
La carta	106
Viernes de Dolores	110
Paradojas	115

CAPÍTULO IV. LAS COSAS QUE PASARON

Han caído los dos... ..	121
La nueva medicina	124
Dudas, demasiadas dudas.....	129
La Palma verde	134
Ruidos	137
A cambio de qué.....	141
Dos regalos	144

CAPÍTULO V. LA ORZA DEL CATALÁN

Regalos cumplimentados	151
Adeu	155
Hongos	160
Alquimistas	163
Mi hija	166
República libre	170
Apariencia y realidad	174

CAPÍTULO VI. UN MUERTO EN LA PARED

Mejoría	181
Sorpresas	186
Subida	192
La señora no está.....	196
Un muerto en la gañanía.....	201
Las fuentes.....	204
Piedras.....	208

CAPÍTULO VII. TE PERDÍ POR CULPA DE UN ERROR

Labios venenosos	215
Ibukun	220
Un latigazo al aire	224
Una paz imposible.	229
Un regalo para el rey.	233
Regalos inesperados (I).	239
Regalos inesperados (II)	245

CAPÍTULO VIII. CAMPANAS Y TAMBORES POR NEGRA FLOR

Nada que hacer	253
Tomé el sabio.	257
Todo pasa	260
Gritos.	265
Son los celos	270
Adoradores de humo	277
El regreso de Tomé.	283

CAPÍTULO IX. REZAR LAS LAUDES

Lázaro en su finibusterre	289
De lobos y mastines.	293
Soldados de Nápoles (I)	296
Soldados de Nápoles (II)	299
Veinte varas de anascote	302
Oyá, la dueña del cementerio	305
Las apariencias engañan	309
Disfraces	313
Ilegales.	318

CAPÍTULO X. UNA MALA RACHA

La duda	325
La confesión	331
El duelo	335

Noticias de Illescas	338
Saber retirarse	345
Por el río	350
Díaspóra	356

CAPÍTULO XI. UNA VERDAD DISTINTA

Encubado	363
La diablesa	366
La revelación	369
Perdido	373
Un judío apurado (I)	378
Un judío apurado (II)	382
Más respuestas	385
Oyá te llama	389
Postreros	392
Toda una vida	397
Abriendo puertas, cerrando heridas	401
Nota histórica	407
Bibliografía	411

A mi hija, Patricia, por como es.

«Cuando uno quiere ocultar la verdad,
lo primero que ha de hacer es darle a la gente
una verdad distinta para tenerla callada».

JOHN LE CARRÉ, *El jardinero fiel*

CAPÍTULO I
LA CONJURA

CUARESMA. SEVILLA, 1641

CONTRA TODO PRONÓSTICO, CON NO MÁS DE TRECE AÑOS, yo conocía con ventaja el calor perfumado de una hembra blanca en mis sábanas, las revelaciones caprichosas y multicolores de ver el mundo bajo influjo de unos hongos novohispanos y el incalculable poder de leer las letras y enterarme de lo que decían los libros. Repito: contra todo pronóstico. Porque yo era un paje negro del IX duque de Medina Sidonia, don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, parido por una aristócrata africana yoruba capturada en su aldea y vendida por moros negreros en el puerto de Assilah a un buque esclavista portugués. Mi madre fue hermosa y serena, orgullosa de su estirpe y empeñada en volver al corazón de África antes de morir. Para que fuera la tierra roja de sus antepasados la que envolviera con su manto el sueño eterno de su despedida e irse de este mundo con los oídos rebosantes de la música fresca y arrebatadora de los rápidos del gran río que bordeaba su aldea. Desde que desembarcó en Sevilla con no más de quince años y fue vendida en las Gradas, guardó para horas muy escondidas el dolor y la pena de su secuestro sirviendo en

la casa de don Gaspar. Nadie le vio ningún asomo de turbación, miedo o tristeza que resbalara por sus mejillas o que alguna situación adversa le hiciera mostrar una mueca de debilidad ante personas de tanta alcurnia como las que entraban, salían y se quedaban en aquella casa. Era fuerte como el ébano. Y alegre como las palmeras. Aún hoy, con la bruma del tiempo en la memoria y tan después de su desembarco, continúa acercándose a las gradas de la Catedral cuando llega una nueva carga de esclavos, obsesionada por saber por boca de algunos de aquellos desgraciados si su aldea aún existe y si el río continúa cantando cada mañana su alegre y refrescante canción, al son de la flauta de los dioses del agua.

Yo vine acompañándola en aquel barco de negros que lloraban su suerte y de negras que estrellaban a sus bebés contra las cuadernas del mercante, para así liberarlos del destino insoportable de la esclavitud. No puedo acordarme de muchas más cosas. Porque, realmente, yo vine acompañándola, pero aún no estaba en el mundo. Madre, por Negra Flor la conocieron en la collación de San Miguel, donde los amos levantaron muchos años atrás su palacio, vino embarazada de unas lunas y yo nací, como los grandes señores, en la casa sevillana del duque de Medina Sidonia, donde mi estrella quiso darme una vida sin cargas, agradable y respetada. De mi infancia guardo la suave memoria de los tafetanes y golillas con los que me vestían como paje del duque, al que acompañaba como si fuera un lebrél, leal y dispuesto siempre para la zalamería, que don Gaspar celebraba diciendo que yo era el mejor ejemplo de que un negro, por el hecho de serlo, no era bruto ni esquinado *per se*, y que el color no condicionaba la naturaleza de los hombres. Algunos dominicos, sostenía el duque, se habían vuelto locos de amor por los indios en los albores de la colonización, defendiéndolos de las durísimas exigencias de determinados

encomenderos españoles, promoviendo el poblamiento de las islas del Caribe con negros esclavos, que aliviaran del trabajo a los nativos. Al parecer, los negros teníamos menos alma o más pequeñita que la de los indios y, consecuentemente, podíamos ser explotados por ser menos personas que el resto de la humanidad con total alivio de conciencia. En realidad, legalmente, no se nos consideraba personas y, por tal razón, podríamos ser vendidos, comprados y explotados, como si fuéramos roznos.

En aquel palacio de la collación de San Miguel que recordaba, como otros palacios sevillanos que habían sido casas principales, tiempos en los que la ciudad no fue cristiana y en sus mezquitas se leía el Corán y un muecín llamaba a la oración a distintas horas del día; en aquel palacio, digo, me bautizaron y me pusieron por nombre cristiano el de Domingo, por ser el día de Santo Domingo de Silos en el que me cristianaron. Luego, con el tiempo, se hizo común que me llamaran Domingo Congo, porque en este reino se piensa que todos los negros venimos del Congo o de Cabo Verde y Etiopía, una idea tan peregrina como la que tenemos nosotros de los blancos, a los que creemos todos de nación castellana, hasta que aprendemos que hay tantas estirpes entre ellos como tierras y naciones por todo el continente. Negra Flor, mi madre, siempre me contó que don Gaspar tuvo que ver en mí ese brillo imperceptible que el destino da a los que tienen buen cielo, porque con pocos meses no reparaba en preguntar por mi estado y se acercaba a verme y regalarme carantoñas. Gracias a él me dieron un alto grado de instrucción y aprendizaje en letras y números, también aprendí algo de lenguas clásicas, lo que me sirvió para que un día, ya manumitido de la gran casa de Medina Sidonia, fuera elegido en San Roque, donde los negros tenemos iglesia y barrio, alguacil de la comunidad.

Siendo el negro más blanco de Sevilla me concedieron la gracia de ser el rey de los cuervos, como nos llamaba ese maldito poeta llamado Quevedo y nos motejaba el populacho para zaherirnos. A Quevedo llegué a odiarlo con todas mis fuerzas y si hubiera tenido la oportunidad de tenerlo a dos brazos de mí, le hubiera escupido en sus anteojos para que la hiel de mi odio le resbalara hasta la boca y supiera que la saliva de un negro es mucho menos ácida y venenosa que la de un blanco tan despreciable como él. Ese odio me nació tras leerle una sátira que escribió a una boda de negros. Tanto desprecio y chanza en sus versos me dejaron rabioso varios días. Y de mi cabeza nunca pude borrar aquellas palabras que parecieron me la grabaron para hacerme sufrir y sentirme pequeño: «Iban los dos de las manos, como pudieran dos cuervos, otros dicen como grajos, porque a grajos van oliendo». Tanta blancura y pureza guardaba él en su alma que el rey lo mandó encerrar en prisión por espiar para el francés, alta traición esta que no la da el color, sino la nobleza del alma de un hombre, que en el caso del brillante poeta y prosista era negra, muy negra, sin duda como la de un grajo.

Así que con el tiempo y mis conocimientos me hicieron alguacil de la comunidad negra sevillana, una responsabilidad sin sueño o para perderlo por siempre, porque yo sería el hombre encargado de poner paz en sus pleitos y trifulcas, de organizar las fiestas en la calle para que los tambores y el vino sonaran con buen compás y no encendieran más pasiones que las debidas y, en resumen, me cayó el trabajo enojoso y complicado de ser el rostro de la ley de una comunidad que no era mucho de guardarla y que solía vivir entre el impulso de la navaja barbera y el resentimiento hacia el blanco, origen de casi todas nuestras penalidades. Entre mundos tan distintos y distantes la Iglesia entendió que Dios nos hizo iguales o similares y que a sus ojos

éramos hijos de la misma nación católica, apostólica y romana, una forma de cohesionar dos mundos que giraban cada uno a su forma y a alturas muy distintas. En realidad, no sé por qué razón mi cabeza se llena de estos recuerdos y sentimientos. Porque sobre la mesa del comedor de mi casa en San Roque tengo acodado a un negro que escucha, ve y entiende todo de lo que se habla en la calle. Confirmando que es capaz de traducirme los ladridos de un perro y de responder lo que le maúllan los gatos a la luna desde los tejados de las casas de Sevilla.

—Van a pasar cosas, alguacil.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas malas.

—Siempre pasan cosas malas. Todos los días.

—Tómeme en serio, Domingo Congo. Van a pasar cosas malas.

—Malas para quién...

—Malas...

—Hay cosas malas para unos que son realmente buenas para otros. ¿Para quién serán malas las cosas que van a pasar? —quise asegurarme.

—Los de abajo siempre soportan sobre sus cabezas los duros pies que los pisotean.

—No eres muy concreto. Lo único que me dices sin decirme nada es que van a pasar cosas. ¿Sabemos aproximadamente cuándo?

—Algunos dicen que para Cuaresma.

—En Cuaresma estamos —respondí.

—Pues apretemos los dientes porque la tormenta puede venir cargada de rayos.

Calenté una escudilla de caldo a mi negro cantor y le agradecí la información con una calderilla. Lo despedí en yoruba, con un adiós muy poco expresivo.

—*O dabo...*

Mi informante me respondió prescindiendo de la confianza y reconociendo mi jerarquía como jefe, como alguacil:

—*O dabo, oga.*

Reconozco que entré en un profundo silencio, como si esperara escuchar algo donde no se oía nada, tan solo mi precipitada respiración. Me puse en pie, abandoné la mesa y me asomé a una destartalada ventana que se llenaba de estrellas. Miré la luna y comenté lacónico:

—Estamos en Cuaresma...

Como un toque de prevención quedó suspendido en el aire de la casa el silbo monocorde que yo hacía sonar cada vez que alguna situación me mostraba un rostro adverso y preocupante. Muy preocupante...

SAN LÁZARO

ANTES QUE YO, EL CARGO DE ALGUACIL DE LOS GRAJOS DE Sevilla, lo ejerció un negro listo al que llamaron Tomé el Guineo, de quien aprendí todos los atajos y ventajas del oficio. Viéndolo actuar, con aquella parsimonia y desenvoltura, desoyendo corazonadas y voces falsas, aplicando la lógica y pagando con favores la información buena, se entendía con rapidez el prestigio bien ganado de su fama. Conocía a la perfección, como un topo su madriguera, el mundo delincidencial y esquinado de los negros. Y tampoco tenía cabos sueltos que le impidieran tener bien acabado el manto de intereses y acuerdos sucios de las poderosas familias sevillanas. Un manto espeso y costoso, reluciente como el oro, pero oscuro como sus más aviesas intenciones, que hacían converger poder, dinero, estatus, religión y política en beneficio de su bienestar y gobierno. Sevilla, decían algunos escritores, era como el tablero del juego de damas, con casillas blancas y negras, por los colores de sus vecinos. Pero siempre ganaban las fichas blancas, como en casi todo el mundo. En otras partes eran los propios negros los que ganaban sobre otros negros. A esos guisos también asomaba su nariz cha-

ta y amplia Tomé el Guineo que, mejor que un funambulista callejero, sabía guardar equilibrios entre comunidades tan ajenas y, a veces, tan cercanas una a la otra. Había que saber dónde pisabas. Escondido tras el pie de un negro podía estar la poderosa huella de un blanco intocable.

Un mal día encontró en su piel el estigma de la lepra. Al principio no le dio importancia creyendo que, en una ciudad tan pestilente y sucia como Sevilla, por donde decían que corrían ríos de oro cuando, realmente, lo que arrastraba la marea eran ríos de mierda y pestilencia, aquellas manchas serían alguna erupción pasajera de la piel. Una patología benigna a la que no había que darle importancia. Una de esas manchas que ensuciaban los rostros, brazos y piernas de los habitantes de la ciudad donde los baños no eran recomendables por los médicos y la mugre corporal se rebajaba enjuagando la ropa, pero jamás dándole jabón a los cuerpos. Lo sacó de su autoengaño el médico judío que vivía cerca del palacio de los Levíes, también eco lejano de una casa islámica de prestigio, ubicada cerca de Santa María la Blanca. Elías Benasayag lo examinó, evaluó aquellas manchas que eran más claras que su piel y que, poco a poco, robaban sensibilidad a la parte afectada, hasta volverlas insensibles.

—Tienes lepra, Tomé.

—Es una forma como otra cualquiera de decirme que estoy muerto y que debo advertir de mi presencia en los caminos haciendo sonar las tablillas de San Lázaro. No es bueno tanto ruido para mi trabajo —le respondió.

—Es mi forma de decirte que tienes que cuidarte y que yo te proporcionaré los remedios que están al alcance de mi conocimiento.

Elías era un sabio. En su casa tenía una importante biblioteca científica con la que adquiriría conocimientos de la me-

dicina de griegos y romanos, sin olvidar el gran legado de la hebraica y andalusí. Le movía el empeño de sanar Andalucía de epidemias y enfermedades, de limpiarla de taras lesivas por su falta de higiene, de devolverle la que él creía una pureza fundacional de tiempos remotos. La enfermedad no era sino la expresión externa del quebranto moral y la pérdida de principios de una sociedad encanallada por su ambición y latrocinio, corrupta en su salud y en su ética, tan pestilente y sucia como los vertederos que escalaban algunas partes de la muralla y adarves donde el olor putrefacto te impedía entrar. No era infrecuente que por esos vertederos se pudieran escalar las alturas de las casas y pasar así de una azotea a la otra. Sevilla era una ciudad enferma por dentro y por fuera. Como internada en un muladar...

Al poco tiempo, el alguacil abandonó su cargo, su cuarto alquilado y su escaso patrimonio, puesto que el prestigio personal no es carga que pese ni sobre, aunque con él no te fíen en los mercados. Yo iba con cierta frecuencia a visitarle y a llevarle las drogas que el judío Elías le preparaba para sobrellevar su enfermedad. No quiero engañar a nadie. También lo buscaba para seguir aprendiendo de él y para enterarme de cosas que solo llegaban a sus oídos. Y eso que estaba recogido en el hospital más evitado de la ciudad, el de San Lázaro, Babalú Ayé en el santoral yoruba, en el camino del norte, fundado en época medieval. Entre mi admiración y el cariño que le profesaba a Tomé no existían vacíos que llenar.

—¿Cómo te encuentras, Tomé?

—Me alegra verte de nuevo por aquí, Domingo. Siempre me pones al día de lo que pasa por Sevilla —dijo con humildad el leproso.

—Te he traído las drogas que te prepara el médico Elías. Te vendrán bien.

—Mejor me vendría la negra que las prepara, esa Caridad de carnes prietas y busto terso que, entre negros, la llamamos por su verdadero nombre: Ibulorena, la hija de las dos aguas.

—Esa medicina no está al alcance de mi mano —dije dejando escapar un atisbo de sonrisa.

—Pues te aseguro que es la droga que necesito y que me curaría para siempre.

—El amor lo cura todo —respondí sin mucho convencimiento.

—O, al menos, hace lo duro más llevadero. Pero a mis carnes, el único abrazo que le llega es el de estas vendas que cubren las llagas. Y el único amor que me profesa lealtad es el de este perro que ves sentado siempre a mi lado. Lo llamo Lázaro. Me cuida mejor que los médicos. Y solo me pide a cambio que la carne que se me desprende del cuerpo se la regale como alimento. En esta ciudad, desde las cunas más altas a los perros más abandonados, nos hemos acostumbrado a sobrevivir comiéndonos los unos a los otros.

Tragué saliva para evitar una arcada. Quizás de asco o de miedo. O de ambas cosas a la vez. La soledad de los enfermos más pobres era la compañera habitual de los destinos más castigados y quedaba claramente explicado con lo que pasaba en aquellas habitaciones hospitalarias, divididas para ricos y pobres, donde los ayes, la mortificación y el olvido reinaban de forma absoluta.

—¿Hay noticias nuevas por Sevilla? Estamos en plena Cuaresma...

Miré a los ojos del Guíneo. Supe que él sabía...

—Tú sabes mejor que nadie lo que ocurre en Sevilla. No sé quién te da tanta y tan buena información.

Tomé miró al perro y lo señaló, bromeando, con su dedo:

—Lázaro lo sabe todo.

—Déjate de bromas. Hablo en serio —le respondí.

—Si quieres hablar en serio te diré algo: pon atención a lo que digan los portugueses...

Ambos nos miramos a los ojos. Tomé con serena complicidad. Con esa serenidad propia del que domina de forma absoluta una situación. Yo con evidente sorpresa. Portugal, Sevilla, la comunidad negra, ¿qué trataba de decirme o indicarme el Guineo? Me despedí con sumo respeto, diciéndole adiós en yoruba:

—*O dabo* —me respondió Tomé.

Mientras el perro Lázaro me ladraba, tomé el camino de regreso, haciendo sonar aquel silbo mío, monocorde, que delataba mejor que un tic gestual mis estados emocionales...

UNA CASA DE TAVIRA

PASADA LA DESEMBOCADURA DEL GUADIANA, BAJO LA VIGILANCIA y control del IX duque de Medina Sidonia, los almendros y las higueras del Algarve explotaban en una sinfonía de flores y yemas, anunciando la llegada de una primavera inminente. Pero aquel paraíso ambiental era un trampantojo involuntario de la naturaleza que, de alguna forma, mentía sobre el verdadero clima político del otro lado de la raya. Portugal era un territorio independiente desde el 1 de diciembre del pasado año, 1640, tras un levantamiento nobiliario que convirtió en rey al duque de Braganza, Juan IV. La aristocracia lusa se rebeló contra las medidas fiscales y militares que el hombre más fuerte del imperio, el conde-duque de Olivares, había acordado para sofocar los movimientos independentistas de Cataluña en mayo de ese mismo año. Por Sevilla se comentaba que, como casi todos los grandes movimientos de la historia, aquel también se había calentado en la cama del duque portugués, casado con una hermana del de Medina Sidonia, doña Luisa de Guzmán. Era del común la frase pronunciada de la señora que, de alguna forma, medía la temperatura de su instigación, animación y par-

ticipación en el golpe, que apuró a su indeciso esposo a tomar un camino sin retorno: «Más vale ser reina por un día que duquesa toda la vida». Como en casi la mayoría de los grandes pronunciamientos de la historia, una mujer se erigió en autora material, intelectual y sexual de la sedición. En un arrebatado de incondicionalidad por la causa independentista y por la suya propia, tan ambiciosa, le había escrito a su hermano Gaspar que borrara su nombre de todos los archivos y memoria documental de la casa de Medina Sidonia. Saberlo me dio pena. Y entendí que el poder, el dinero y la ambición son capaces de romper lo que la sangre unió alguna vez...

En alguna casa de piedra y escudo nobiliario en el dintel de la puerta de entrada, en el barrio alto de Tavira, dominando la situación sobre el pedregoso río Gilao, tenía lugar una reunión conspiratoria y muy privada. Palabras ajustadas, intenciones de largo alcance. Voces que no saldrían de aquella casa. Pero que tendrían su efecto inmediato en una ciudad como la hispalense, uno de los puertos más importantes de Occidente, capital económica del imperio español y puerta de las Indias Occidentales, desde donde se bombeaba a las arterias del vasto dominio hispano, la sangre mineralizada del oro y la plata para mantener costosas guerras con medio mundo, pagar la deuda de la Corona con la banca alemana y judía, estar en paz con Dios y la Iglesia y soportar la carga improductiva de cierta nobleza que consideraba, como los antiguos aristócratas romanos, un deshonor manchar sus manos con el trabajo. Desestabilizar social y políticamente Sevilla era el primer paso para acabar con el dominio mundial hispano y repartirse sus ricos territorios entre las potencias emergentes.

—Hace falta dinero. ¿Lo tenemos? —dijo uno de los conspiradores reunidos en aquella casa del barrio alto de Tavira.

—Lo tenemos. No hay ningún problema —dijo el otro conjurado.

—Hacerlo llegar hasta Sevilla encarna un grado alto de riesgo. El rey español ha movilizado varios ejércitos a lo largo de la frontera.

—Es cierto. Pero al mando de esa frontera está el hermano de nuestra reina, don Gaspar, IX duque de Medina Sidonia. Suya es la responsabilidad fronteriza con el Algarve.

—Nuestros espías nos hablan de que tanto el duque como su primo el marqués de Ayamonte presiden, igualmente, una Junta de Guerra...

—Todos sabemos de qué parte están en esta guerra el duque y su primo el marqués de Ayamonte. Pero ¿sabes lo que me tranquiliza más?

—Habla.

—Nuestro mejor aliado.

—¿Francia, Holanda quizás?

—Cataluña. La rebelión de los catalanes absorbe todas las energía militares y económicas de Madrid. El conde-duque de Olivares volcará todas sus fuerzas en sofocar, primero, Cataluña. Y eso no va a llevar tres días. Temen que Cataluña se haga francesa y que, sin oposición, Francia y sus ejércitos lleguen hasta Madrid en pocas jornadas. Estemos tranquilos. Cataluña también trabaja por nuestra independencia...

Ambos conjurados lo celebraron, alzaron sus copas de cristal de Murano bellamente trabajadas y saborearon un suave y dulce vino de Madeira a la salud de los nuevos reyes de Portugal...y del futuro reino libre de Andalucía.

—¡Por un nuevo orden!

—¡Por dos nuevas potencias que unirán sus intereses para mandar sobre el mundo! —se unió al brindis una figura femenina que llevaba en sus ojos la determinación de que más vale ser reina por un día que duquesa toda la vida.

LLEVÁRSELO MUERTO

CUANDO LLEGABA LA FLOTA AMERICANA AL PUERTO DE Indias, yo solía asomarme al río, para ver el espectáculo de una ciudad que espantaba todos sus miedos y ansiedades con la sangre mineral de Potosí o de Zacatecas. Sevilla era una especie de vampiro enorme, como los que habían visto los soldados de Lope de Aguirre en la selva del Marañón, que se mantenía de aquella sangre benefactora devolviéndole las energías perdidas en el tránsito de una flota a otra. No obstante, los miedos a los ataques piráticos, a los naufragios por huracanes y a las incauciones reales para nutrir las arcas de la siempre necesitada e insaciable Corona, estaban permanentemente vivos entre mercaderes, banqueros y ciudadanos, sometiendo a la ciudad a unas crisis de angustia de las que solo se recuperaba cuando el puerto descargaba en el Arsenal media América. Ya fuera en fardos de cuero, de tabaco, de añil, de palo campeche, de frutos desconocidos, de animales exóticos y de kilos y kilos de oro y de plata salvadora. Las quiebras no eran infrecuentes. Y más de una vez, en alguna ventana principal de la ciudad, aparecía el cadáver colgando de un

hombre de negocios arruinado por unas pérdidas inasumibles. Pero cuando una flota llegaba franca, a salvo de piratas ingleses y holandeses, sin que tampoco el rey necesitara incautarse de algunas naves privadas para alimentar sus interminables frentes bélicos internacionales y nacionales, las campanas de la Torre fortísima brincaban de alegría. Los mercaderes respiraban tranquilos porque pronto habría dinero en circulación. Los banqueros se zafaban de sus angustias porque las deudas acumuladas por sus acreedores serían pagadas. Los artesanos recibirían caprichosos y caros encargos para satisfacer los gustos suntuosos de las familias principales. Y el dinero volvía a recuperar su ritmo habitual de máquina bien engrasada. América nos daba de comer. Y Sevilla tenía un apetito voraz.

Yo contaba con amigos entre la marinería. Que me surtían de tabaco y hongos mexicanos que gustaba de consumir para relajarme o entrar en dimensiones sensoriales de difícil traducción a la realidad de los hombres. Como muchos negros sevillanos, también era aficionado al uso del tabaco, gusto que compartía con mi madre. Algunas noches de verano, en nuestra humilde casa de San Roque, salía a respirar la brisa ambiente con Negra Flor. Nos sentábamos en rústicas banquetas de madera a la puerta y fumábamos. Fumábamos aquellas hojas de tabaco antillano que me traían los amigos de la mar, dejando en el ambiente tórrido del verano un reguero de aroma caribeño que, de alguna forma, tapaba los insoportables olores de las calles de los arrabales, a veces tan difíciles de distinguir de los vertederos. Los hongos mexicanos eran un secreto bien guardado. Bajo sus efectos evitaba dejarme ver. Alguna lengua envenenada y envidiosa podía denunciarme por tener tratos con el diablo y eso no se pasaba por alto tan fácilmente. No me gustaba empinar la botella y convertirme en pasa con piernas. Pero fumaba y tomaba aquellos hongos que, según

decía mi amigo de la mar, procedía de una tribu novohispana llamada mazateca, donde solía utilizarse para ritos religiosos y hablar con los dioses. Negra Flor jamás supo que su hijo los tomaba. Ni los vio nunca. Y si los hubiera descubierto tampoco le habría prestado mucha atención. Mi madre ponía todas sus fuerzas para que yo no dejara de practicar la lengua africana de sus antepasados. Y en las noches de verano, sentados a la puerta de la casa, solía contarme las viejas leyendas de su pueblo, en yoruba, por supuesto. Una de aquellas noches me preguntó qué diferencia había notado, tras ser declarados libres por el duque de Medina Sidonia, entre vivir lejos del palacio del barrio de San Miguel para hacerlo en San Roque. Le contesté en su antigua lengua:

—*Wipé*

—*Wipé?* —me preguntó Negra Flor.

—Exactamente, madre. *Wipé*. Claridad. En aquella casa había mucha luz, el sol entraba por sus ventanas, sin cicaterías, como una catarata. Aquí todo es más oscuro. Como si nos hubiésemos quedado ciegos.

—Nunca vi tanta claridad como en mi pueblo africano, hijo mío. Aquello relucía como el agua en los estanques. Fue la luz de mi infancia. Y ella envuelve mis recuerdos más bonitos. Tuvimos suerte como esclavos. Vivimos bien. Nos trataron como personas. Pero yo no cambiaría la luz que perdí por la libertad que nos dieron. Me gustaría volver a verla antes de morir.

—Haremos lo posible por cumplir ese sueño. Pero no se te vaya a ocurrir morirte ahora. Eres aún muy joven.

Negra flor estalló en risas y me echó una bocanada de humo en la cara para celebrar la broma de su juventud.

—Tengo más años que la torre esa grande que está al lado de la Catedral. La que dicen que hicieron los moros.

—Bien bonita es para los años que tiene...

—Eres muy zalamero, negro. Aprendiste bien de estos blancos que hablan con las palabras justas y las intenciones escondidas. En realidad, eres un blanco con demasiado sol en la piel. Por eso me empeño en que no olvides ni nuestra lengua ni nuestras costumbres. El día que lo hagas te sentirás vacío. Porque es posible que ya no seas ni de los blancos ni de los negros. Y te convertirás en un *iwin*, en una especie de fantasma, de espectro de ti mismo.

Aquel consejo materno lo interioricé como los devotos convencidos interiorizan las oraciones. Y en los momentos en los que tomaba los hongos y mi clarividencia se multiplicaba, solía verme a mí mismo como un negro disfrazado de blanco, un ser con rasgos africanos, pero con piel lechosa y sonrosada. Las máscaras mortuorias de algunos pueblos se representan así: blancas con rasgos negros. Era una visión de mí mismo que me desasosegaba. Y que me hacía sentir el frío congelante del miedo. Era como si aquellas ensoñaciones trataran de vencerme de que algo de mi naturaleza había muerto para ser sustituido por una identidad ajena a mi sangre.

La Cuaresma de aquel año de 1641, en la que España estaba sumida en la desesperación de frenar las revueltas catalana y portuguesa, avanzaba bajo la advertencia que días atrás, en el hospital San Lázaro, me había confirmado Tomé el Guineo. Iban a pasar cosas. Cosas graves. Dolorosas. Yo no dejaba de animar a mis perros de presa para que aguzaran los oídos y escucharan las lenguas de las calles, de los mercados, de los palacios y de la mancebía. Pero todo parecía estar controlado. No llegaban voces. Ni bajas ni altas. Todo era tan silencioso como un cementerio. Precisamente, en un cementerio cercano a San Bernardo, unos salteadores de tumbas, buscando entre los muertos lo que necesitaban los vivos, dieron con una orza

repleta de monedas de plata y de perlas. No era un cementerio de gente principal. Pero aquella tumba parecía la de un faraón. Al día siguiente, muy temprano, uno de mis informadores me despertaba agitado y me decía:

—No sé si te valdrá de algo, Domingo. Pero en Sevilla hay desde ayer dos salteadores de tumbas con dinero suficiente para pagar un ejército.

—¿Y quién entierra una fortuna en un cementerio como el de San Bernardo? —me pregunté, extrañado, en voz alta.

—Un loco —me dijo.

—O un cuerdo que sabe lo que quiere...

Salí al patinillo de la casa, metí las manos en el agua clara de una tinaja y me despejé la cara del sueño recién cortado. Luego, como siempre, me puse a silbar ese monocorde sonido que musicaba en situaciones especiales, mientras me martilleaban en la cabeza tres hechos inconexos: pasarán cosas, Portugal y una orza repleta de monedas y perlas...